CONFLICTOS IMPERIALES:
LA MIRADA DE FRANCES CALDERÓN DE LA BARCA

POR

NINA GERASSI-NAVARRO
Tufts University

Los estudios transatlánticos se han enfocado fundamentalmente en la relación binaria entre el aquí y el allá, con el Atlántico como centro divisorio, fijo y penetrable, definido sólo por las dos orillas que lo contienen. Sin embargo, esto no ha asegurado una clara lectura del océano como vaso comunicante, ya que según lo utiliza Paul Gilroy, uno de los primeros críticos culturales en complicar el territorio del Atlántico Norte, el océano conceptualmente pareciera no extenderse más allá de los confines de Cuba.¹ Quizás por ello, los acercamientos transatlánticos latinoamericanos se han ocupado fundamentalmente de la interconexión y cruces a través del Atlántico desde el Caribe hispano hasta Tierra del Fuego, con la mirada casi siempre puesta en Europa. Si bien estos estudios han sido indispensables para extender las redes de construcción social, política y económica del continente, por otro lado han exacerbado el binomio Europa-América Latina, pasando por alto los desvíos e intercambios que se dieron a lo largo y ancho del mismo continente americano. Por otra parte, las rutas a través del Atlántico tampoco fueron caminos siempre claros y definidos. Tanto los recorridos territoriales trazados en mapas como los discursivos han estado salpicados de múltiples desvíos, provocando encuentros y desencuentros significativos que irían marcando la formación de la cultura latinoamericana.

Rastrear estas interconexiones o desplazamientos transterritoriales requiere, en cierto sentido, una reconceptualización del espacio, una forma de trascender la noción de límites (nacionales, culturales, religiosos, lingüísticos) para explorar los diferentes tipos de conexiones que se han dado entre culturas y perspectivas a través de la historia. En este sentido, los estudios que han repensado el espacio han sido fundamentales para quebrar la hegemonía que ha situado al Atlántico como eje definitorio de las recientes investigaciones. Las delimitaciones del espacio, lejos de ser estables, se reconfiguran continuamente, estableciendo nuevas formas de

¹ Gilroy se enfoca en las naciones de América (o sea Estados Unidos), el Caribe y Europa (19).

exclusión que responden a diferentes articulaciones de poder (Sibley).² Consciente de estas constantes fluctuaciones, Doreen Massey propone la conceptualización de un espacio fluido enfocándose en el aspecto social de un lugar, teniendo en cuenta las coordenadas de tiempo y espacio. La especificidad de un lugar para Massey no está dada necesariamente por su historia internalizada ni por sus delimitaciones geográficas o políticas, las cuales no se niegan, sino por el hecho de que ese lugar ha sido construido a partir de una constelación particular de relaciones sociales en un momento particular (4). En ese sentido, cada lugar es un punto único de intersección, un lugar de encuentros que a su vez transforma el espacio en un lugar concreto en un momento definido.

Teniendo en cuenta estos parámetros espaciales, una forma de trascender la dicotomía del Atlántico es rastrear la trayectoria de un texto, de un autor, o inclusive de un ícono a través del tiempo, siguiendo sus múltiples transformaciones; y así desplegar el palimpsesto de sus recorridos detrás del presente.³ Otra forma, que en cierto sentido no es más que el movimiento inverso, es elegir un punto en el tiempo-espacio y desarticular la simultaneidad de las conexiones. Deshilvanar los hilos de la historia que desconocen los límites territoriales y recorren los espacios culturales sin reparar en las fronteras geográficas, políticas o culturales.

El libro de viajes *La Vida en México* (*Life in Mexico*, 1843)⁴ de Frances Calderón de la Barca, escrito originalmente en inglés y que describe su estadía de dos años y medio en México, es un texto que ofrece una rica ejemplificación de esta superposición de trayectorias, al mismo tiempo que visualiza el modo en que múltiples perspectivas se entrecruzan en un momento dado. Su autora nacida en Escocia, popularmente conocida como Fanny, llegó a México como esposa del diplomático español Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en 1839.⁵ Armado en base a una serie de cartas y a su diario personal, la

² Los resquebrajamientos de las antiguas Unión Soviética y Yugoslavia son sólo dos de los ejemplos más dramáticos de lo tenue que pueden ser los límites en nuestra historia reciente. En América la reconfiguración de la Gran Colombia (1819-1831) es sólo uno de los ejemplos del siglo XIX, además de las múltiples ocupaciones territoriales (Guantánamo, el canal de Panamá) que se dieron en el siglo XX.

³ Véase "Traveling Icons: The Virgin of Candelaria's Transatlantic Journeys" de Eyda Merediz.

⁴ El título original es *Life in Mexico During a Residence of Two Years in That Country*. La primera publicación es en 1842 por Dent en Londres; al año siguiente aparece otra versión, que será la oficial, con un breve prefacio de Prescott, en la que el historiador se refiere a su autora como "una dama". Todas las citas en español de *La vida en México* provienen de la edición traducida por Felipe Teixidor; citas o referencias a *Life in México* provienen de la versión editada y anotada por Howard y Marion Fisher a menos que se especifique otra edición.

⁵ Si bien es popularmente conocida como Fanny, su nombre original es Frances Erskine Inglis. Firma su libro originalmente como Madame Calderón de la Barca, aclarando entre paréntesis Frances Erskine Inglis; después se publicará bajo el nombre de Frances Calderón de la Barca. Sin embargo,

crónica de Calderón es un texto que ofrece múltiples lecturas, no sólo por su caudal informativo sino porque cristaliza una serie de negociaciones políticas y culturales que trascienden lo mexicano al mismo tiempo que cobran un sentido particular por haber sucedido justamente en México.

La llegada de los Calderón a México fue sin duda un evento que tuvo importantes repercusiones en la política internacional del Atlántico. Si bien México había declarado su independencia en 1810, los españoles recuperaron y mantuvieron el control hasta 1821 cuando finalmente se consolidó la independencia. Siguiéron años de luchas internas, levantamientos armados y crisis económicas, durante los cuales España intentaría varias veces reconquistar su ex colonia.⁶ Esta constante amenaza llevaría al congreso mexicano a aprobar la expulsión de todos los peninsulares (aunque se respetarían sus propiedades) hasta que su independencia fuera oficialmente reconocida. La llegada de Ángel Calderón y su esposa en 1839 era la confirmación política y simbólica de este reconocimiento tan esperado por los mexicanos.

Además de representar a España, la pareja tenía un importante vínculo con los Estados Unidos, cuyos deseos expansionistas se hicieron rápidamente visibles a principios de siglo. Ya en 1823, la doctrina Monroe, a través de su lema “América para los americanos”, articulaba el principio geopolítico de seguridad por el cual Europa debía quedar excluida del continente. En su lugar, Estados Unidos intentaría asegurar su preponderancia en el continente, empezando con los territorios limítrofes al sur. Ángel y Fanny se habían conocido en Estados Unidos donde aquél se desempeñaba como ministro. Compartían además numerosos amigos de la elite intelectual norteamericana, entre ellos el historiador William Hickling Prescott, quien publicaría su monumental *Historia de la conquista de México* el mismo año en que salió *La Vida en México* (1843).⁷ Prescott aprovecharía su amistad con los Calderón pidiéndoles que colaboraran con su investigación, buscando documentación en archivos públicos y privados, estableciendo contactos personales e inclusive coleccionando objetos. A Fanny, en particular, le pediría encarecidamente descripciones de la flora y fauna para recrear el dramático paisaje mexicano que él mismo, ya con una ceguera bastante avanzada, jamás vería en persona: “[Q]uisiera

numerosos escritores se refieren a ella como Fanny Calderón o Madame Calderón de la Barca (véase el prólogo de Texeidor).

⁶ Para una historia de México durante este período véase Francisco Valdés Ugalde, David Brading, Thomas Skidmore y Peter Smith, Lesley Bird Simpson, y Mark Wasserman, entre otros.

⁷ Algunas fuentes afirman que fue Prescott quien presentó a Ángel y Fanny, y Felipe Teixidor sugiere la posibilidad de que al ser ella protestante y él católico se hayan casado en el hogar de los Prescotts o en la biblioteca de otro intelectual bostoniano, George Ticknor (Teixidor xxii). Sin embargo, Howard and Marion Fisher aseguran que se casaron el 24 de Septiembre de 1838 en Nueva York en la Iglesia de la Transfiguración, ante un cura de origen cubano (Fisher xxv).

mojar mi pluma en tus colores – los colores de la verdad, suavemente tocados por tu gracia o cuando menos tu sentimiento” (*The Correspondence* 240).⁸

Estos dos ejes son los que enmarcan la mirada de Frances Calderón de la Barca en su recorrido por México. Por un lado, es una mirada que rescata el pasado imperial (español), reivindicando la cultura colonial como parte integral y civilizadora de México; y por otro, a través del vínculo con Prescott, su mirada proyecta el futuro en un intento por trazar el camino de la prosperidad que debía traer la independencia de Europa, emblemática por los ideales norteamericanos. De allí que se observen diferentes tipos de tensiones en el texto de Calderón: no sólo en lo político (México entre España y Estados Unidos y a la vez Europa frente a América) sino también en lo religioso y ético (lo católico frente a lo protestante, un pasado glorioso frente a un futuro triunfal) que cada país representaba y que al articularse en México quedaban reformulados en una tercera dimensión.⁹

El anclaje particular que tienen estos dos ejes es que responden además a alianzas políticas y afectivas que recorren la vida (además del texto) de Calderón. Nacida en Edimburgo, Escocia, de una familia de terratenientes venida a menos, Frances Erskine Inglis muy pronto aprendería a manejar diferentes valores culturales y políticos con las numerosas mudanzas en su vida. En 1828, al declararse su padre en bancarrota, la familia se trasladaría a Francia, donde su padre ya enfermo moriría a los dos años. Poco después, en 1831, se trasladaría a Estados Unidos con su madre, tres hermanas y algunas sobrinas. En Boston, abrirían una escuela para señoritas de la alta sociedad en el barrio de Beacon Hill. Luego de un supuesto escándalo social, la familia se iría a Washington donde abriría una segunda escuela.¹⁰ Los datos biográficos son escasos durante este período;¹¹ seguiría otra mudanza más, a Staten

⁸ Vale la pena citar el original: “If you please on the scenery, and let me know if you can without trouble a few of the indigenous, staple trees and shrubs of the grand tableland growth and of the tierra caliente, and their English names, if they have any. Could you not specify a bird or two, with their effect on the eye? You see, I want to dip my pencil in your colours – the colours of truth, gently touched with fancy, at least feeling” (*The Correspondence* 240). Las traducciones son mías a no ser que se especifique lo contrario.

⁹ En cierta medida esta tercera dimensión se asemeja a lo que Edward Soja denomina “el tercer espacio”: un espacio de intercambio crítico en el que la imaginación geográfica puede abarcar múltiples perspectivas que hasta ahora han sido consideradas incompatibles (5). También véase el trabajo conjunto de Amy Kaplan y Nina Gerassi-Navarro.

¹⁰ En su introducción de la edición anotada, Howard y Marion Fisher afirman que la circulación de un panfleto anónimo (escrito por Fanny y un joven admirador) con caricaturas de algunos bostonianos prominentes resultó ofensiva y como consecuencia retiraron a sus hijas de la escuela. Los autores sugieren que dicho evento además de cierta competencia entre escuelas privadas obligó al traslado posterior de la familia Inglis (xxiv-xxv).

¹¹ La edición de sus cartas por Howard y Marion Fisher es quizás la mayor fuente de información aunque carece de referencias precisas. De todas formas el reordenamiento de las cartas revela que tuvieron acceso al diario de Fanny, desde la cual fueron extraídas y modificadas las cartas.

Island, y otra escuela. En 1938, Fanny conocería a quien pronto sería su marido, Ángel Calderón de la Barca. A pesar de las mudanzas, Boston se convertiría en un punto de referencia importante no sólo porque volvería a vivir allí por varios años, sino porque además durante sus ausencias mantendría su conexión muy presente a través de su prolífera correspondencia.

Como narrativa de viaje, el texto de Frances Calderón es difícil de categorizar. El siglo XIX fue testigo de una multiplicidad de crónicas de viajes, género que tuvo sobre todo gran difusión entre los viajeros ingleses a partir de mediados del siglo XVIII.¹² Poco después, en un hecho impulsado sin duda por los viajes del naturalista alemán Alexander von Humboldt, América se convertiría en destino de muchos viajeros. Casi simultáneamente, las mujeres comenzaron a participar en este género narrativo, hecho que motivó grandes discusiones acerca del límite del género, subrayando las distinciones específicas entre las crónicas de viaje de mujeres y aquellas de hombres. Reproduciendo los parámetros tradicionales de la división entre lo público y lo privado, quedaba para los hombres escribir crónicas en las que los intereses económicos debían expandirse, mientras que las crónicas de viaje escritas por mujeres se concentrarían en las costumbres y vida doméstica de la cultura visitada. Una extensa crítica de doce textos de viajeras titulada “Lady Travellers”, del *Quarterly Review* (1845), explicita claramente los dos campos en relación al género:

[E]n verdad, todo país con pretensiones de civilización tiene dos aspectos, dirigidos a dos modos diferentes de percepción y rara vez concebidos al mismo tiempo. Todo país tiene una vida doméstica y otra pública, siendo la primera indispensable para interpretar la segunda. Todo país por lo tanto requiere, para ser comprendido coherentemente, informantes de ambos sexos. (99-100)

Según el artículo, la viajera inglesa es la que mejor ilustra el modelo doméstico de narrativa de viaje, porque sus observaciones sobre los modos y costumbres de una cultura son simples, sin propósito y “prácticamente sin ninguna responsabilidad” (100). En realidad esta falta de propósito refleja más a la escritora que a la cultura visitada; como si el texto fuera una excusa para resaltar la imagen idealizada de dama inglesa: educada, comedida, llena de decoro, escrúpulos y sanos juicios. O sea que lo que distingue a la viajera inglesa, según el artículo, es la capacidad de aferrarse a su identidad, poder observar la intimidad del país visitado sin jamás dejarse tocar por esa cultura. Como afirma el ensayo con orgullo: “los ingleses viajan con su hogar a cuestas” (103).

¹² Véase Katherine Turner.

Frances Calderón es una de estas doce viajeras inglesas citadas, pero ella no se detiene en los confines del hogar. Por el contrario, aprovecha sus privilegios de diplomática y sus conocimientos lingüísticos para recorrer el país y explorar su cultura de una forma que transgrede las normas implícitas del decoro inglés; obtiene permiso para entrar en museos y conventos prohibidos al público, y recorre el país por caminos poco transitados sin importarle el constante acoso de bandidos; con gusto asiste a todo tipo de evento social y político, desdeñando las normas de la elite. Todo le resulta interesante y escribe detalladamente sobre todas sus actividades: sus encuentros con políticos, diplomáticos y miembros de la alta sociedad; la vestimenta de las diferentes clases sociales, las tradiciones y prejuicios que descubre entre los habitantes, las fiestas locales, los mendigos, los indígenas y sus costumbres, la arquitectura, las inversiones económicas, incluso las corridas de toros y riñas de gallos, lugares poco frecuentados por damas extranjeras. Dada la cantidad exhaustiva de detalles que ofrece en su relato, su texto es considerado una importante fuente informativa de la época por numerosos historiadores.¹³

Esta movilidad por dentro y fuera de la cultura, por otra parte, es lo que le criticarán con vehemencia a Calderón. Según el artículo del *Quarterly Review* ella es un caso atípico: su mirada carece de todo lo relevante a “lo doméstico” (116) y su escritura es muy poco inglesa (114-15). En realidad, más que nada le censuran su capacidad de adaptación, que logre trascender los límites culturales y lingüísticos, y que se sienta a gusto en su nueva tierra (115). Calderón describe con tanta naturalidad la geografía de la “tierra caliente”, sin jamás sentirse atemorizada, que el texto termina por desnaturalizarla y la define como una española católica (su conversión religiosa no sucedería hasta varios años después, en 1847).¹⁴ Lo problemático de la mirada de Calderón es su capacidad para perderse en esa “otredad”, su disposición a abandonar su hogar “de origen” para tratar de crear un lugar propio en ese espacio “extraño”. De allí que el artículo concluya que en *La vida en México* “no es sólo la vida tropical que vemos pero, con excepción de algún rasgo ocasional de sagacidad escocesa y, debemos decirlo, vulgaridad yanqui, la que nos habla es una mente tropical” (116). No sólo se nos presenta una vida tropical sino que el sujeto que narra ya se ha convertido en un “ser tropical” por contagio; por ello, para los ingleses, Calderón pierde su distinción europea, excepto su viveza escocesa, para volverse un ser “exótico” a través de su tropicalización.

Las identificaciones nacionales que se le asignan a Calderón son una constante en la evaluación de su narrativa. Otra revista, por ejemplo, *The Edinburgh Review*, la presentará como “una escocesa, criada en Nueva Inglaterra, casada con un español

¹³ Véase entre otros: Silvia Arrom, Bradford Burns, Lesley Byrd Simpson, Thomas E. Skidmore y Peter H. Smith, y Laura Solares Robles.

¹⁴ Véase “Introduction”, *Life in Mexico* (xxvi-xxvii).

con quien vivió dos años como embajadora en México – una curiosa combinación de accidentes personales” (157). El mismo Prescott, al escribir a su amigo Charles Dickens pidiéndole ayuda para encontrar un editor que publicara su texto en Inglaterra, la presenta como “una española escribiendo en inglés”.¹⁵ Sin embargo, en su extenso ensayo sobre *La vida en México* publicado en el *North American Review* (1843), Prescott la presenta inicialmente como una viajera inglesa capaz de evitar la mirada imperial inglesa. Elogia justamente la sensibilidad de Fanny al poder distinguir entre el Nuevo y el Viejo Mundo, lo cual a los ojos de Prescott hace que Calderón termine asimilando su mirada a la norteamericana (141).

Desde México, en cambio, las sutilezas de las miradas de Calderón fueron invisibles. La crítica fue mucho más dura y totalizadora. Su actitud hacia la elite criolla resultó ofensiva por ser condescendiente y paródica, y sus retratos satíricos de los líderes políticos fueron claras marcas de su falta de sensibilidad. La clasificaron como una coqueta frívola y se quejaron de que su marido no había sabido controlar a su mujer. El periódico *El Siglo Diez y Nueve* hace mención de la “ansiedad pública” originada ante la lectura de las tres o cuatro copias de su libro que circularon por el país. El mismo periódico anunciaba su intención de traducir el texto y publicarlo en fascículos, respetando los nombres de las personas tal como aparecían, pero con anotaciones aclarando los casos en que los comentarios se consideraban sin fundamento. A los dos días, *El Diario del Gobierno de la República Mexicana* (subvencionado por el mismo gobierno) denunció las injurias a figuras nacionales como un ataque a la nación y notificó a *El Siglo* que sería juzgado por toda injuria que publicara. En su edición del 12 de mayo *El Diario* categorizó despectivamente a Calderón como inglesa cuando la llamó “la nueva Señora Trollope”.¹⁶ En conclusión las pocas cartas publicadas fueron tan mal recibidas que se postergó la traducción completa del texto.¹⁷

Quizás por lo ecléctico de su texto o por no encajar en los parámetros más obvios de los libros de viajes, pocos estudios se han dedicado a analizarlo desde

¹⁵ En palabras de Prescott: “The English and the American who visit these countries are so little assimilated to the Spaniards that they have had few opportunities of getting into the interior of their social life. Madame Calderón has improved her opportunities well, and her letters are those of a Spaniard writing in English” (*The Correspondence* 315-16).

¹⁶ Véase Fisher, *Life in Mexico*, sobre todo en la sección “First Appearances of *Life in Mexico*; Early Comments; Subsequent History” (634-635). Anthony Trollope (1815-1882) fue uno de los novelistas más prolíficos y respetados de la era victoriana.

¹⁷ Lo curioso es que mientras el libro de Prescott fue recibido con gran entusiasmo, *La vida en México* tuvo críticas decididamente hostiles. Las fluctuaciones nacionales que se le asignaron a Calderón continuarán a lo largo de los siglos. En un ensayo crítico de Robert Knowlton, publicado en el *Latin American Research Review* en 1985, sobre una serie de libros que analizan México durante el siglo XIX, entre los cuales figura el texto de Calderón, el autor subraya la mirada norteamericana de Frances Calderón (222).

una perspectiva literaria.¹⁸ Pero es precisamente la hibridez de *La vida en México* lo que interesa en este caso, porque es allí donde se encuentra la multiplicidad de miradas que se complementan y contradicen a la vez, condensando lo que Massey subraya del espacio: la ciudad deja de ser un lugar delimitado por fronteras específicas para ser un centro donde circulan interconexiones de conocimientos y relaciones sociales. Esto remite también a la visión de la ciudad como organismo viviente, especie de “teatro social”, que promoviera el urbanista e historiador cultural Lewis Mumford, quien revela la ineficacia de concebir el espacio según parámetros fijos, como si se pudiera asegurar los deslindes entre el adentro y el afuera, y como si esa división pudiera ser permanente.

El entrecruzamiento de miradas, identificadas con alianzas nacionales fluctuantes, no se da únicamente, como quizás podría suponerse, en el modo en que Calderón describe a los personajes de la ciudad, sino mucho antes: en el momento en que ve el valle de México por primera vez; su retrato del paisaje ya lleva inscrita la marca de perspectivas culturales contradictorias fundidas entre sí. Detenida en la cima de la montaña desde donde tiene una vista panorámica del valle, Calderón describe el territorio a través de imágenes que evocan un pasado imperial que se diluye en el presente:

Por fin llegamos a las alturas desde donde se contempla el inmenso valle, alabado en todas las partes del mundo, cercado de montañas eternas, con sus volcanes coronados de nieve y los grandes lagos y las fértiles llanuras que rodean la ciudad favorita de Moctezuma, orgullo y vanagloria de su conquistador, y antaño la más brillante de las joyas, entre muchas de la Corona Española. Pero el cielo se había encapotado, y, además, no es éste el camino más agradable para llegar a México. La ciudad distante dejaba ya vislumbrar las agujas de sus innumerables campanarios. Por encima de las nubes que envuelven la falda de los volcanes, las nevadas cimas, que parecían domos de mármol, dominaban el espacio. Y mientras la vista se esforzaba en la contemplación del fondo del valle, todo se me fue apareciendo más bien como una visión del Pasado que como una revelación del Presente, actual y palpitante. Diríase que el telón del Tiempo volvía a levantarse, para descubrimos el vasto panorama que bruscamente apareció ante los ojos de Cortés, cuando le vio por primera vez desde los encumbrados llanos. (37)

Su descripción recupera la gloria imperial española. El valle es un emblema de riqueza y fertilidad con sus imponentes lagos, montañas y llanuras. La mirada europea puebla el espacio con domos de mármol (que justamente contrastan por su ausencia real), erguidos por entre las nubes, subrayando la grandiosidad recuperada

¹⁸ Véase Ana Brickhouse, María Soledad Caballero, Eva-Lynn Jagoe, Nigel Leask, Adriana Méndez Rodenas.

y redefinida por lo español. La vista panorámica desde las alturas hacia un paisaje despojado de habitantes y caminos u otras marcas en el terreno permite que la mirada de Calderón se desprenda del retrato realista para desplazarse en el tiempo. Con ligeros trazos, el paisaje se vuelve sublime y remoto, evocando la majestuosidad de una naturaleza virgen que se despliega ante su mirada.

Tres siglos antes y desde el mismo lugar, Bernal Díaz del Castillo transmitía ese mismo estremecimiento ante lo ilimitado, envolviéndolo en un manto mítico:

Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en la tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y *cúes* y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé como lo cuente: ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos. (159; cap. 87)

La maravilla del paisaje marcado por imponentes caminos y singulares edificios descrita por Díaz del Castillo es superada por la fantasía del recuerdo en Calderón. Su retrato sustituye las escenas encantadas del Amadís de Gaula con un manto nublado del cielo, que, lejos de impedir visualizar la “Venecia americana”, permite evocar el pasado con mayor nitidez, un pasado en el que la figura de Cortés surge como emblema de la fuerza civilizadora. La mirada panorámica permite disfrutar, apropiarse y redefinir la grandeza americana. Lo “exótico” del paisaje queda reconfigurado en un espacio ficticio de ensueños que se extiende de modo ilimitado a través del recuerdo.

Calderón internaliza el escenario natural fundiendo en su mirada pasado y presente, borrando tanto los límites temporales como los culturales. Este tipo de paisaje “reflexivo” permite la proyección de un estado anímico particular que se impone al paisaje “real”. La naturaleza mexicana y la civilización azteca rápidamente se funden bajo la apacible presencia española, que será responsable de “civilizar” este “fantástico” territorio. El gesto de presentar un paisaje armónico e imponente a la vez puede leerse como un deseo de erradicar el conflicto violento que signó el encuentro entre aztecas y europeos.¹⁹ Calderón entreteje su historia personal (su llegada a México vía la España de su marido) a la historia cultural que construye sobre México, de allí que una el pasado indígena con la raza “civilizadora” española en lugar de confrontarlos. Desde su mirada europea, esta unión transatlántica es

¹⁹ En su discusión del paisajismo inglés, W. J. T. Mitchell hace hincapié en el modo en que la supuesta “armonía” del paisaje compensa y borra la violencia perpetuada en el mismo lugar (7).

el origen de un imperio que reconfigura lo maravilloso pero “incivilizado” de los aztecas dentro de los parámetros de progreso. Para evitar un corte abrupto y reconocer el drama histórico del encuentro, disuelve el tiempo cronológico en un tiempo poético que produce una sensación de bienestar, visualizada a través de la belleza del paisaje. Esta confluencia de tiempos crea una sensación de calma y tranquilidad que la llevan a desprenderse totalmente del paisaje mexicano para evocar su infancia durante las navidades en Inglaterra: “y como si no hubiera viajado bastante con el cuerpo, empecé a viajar con la imaginación hacia muy lejanas y diferentes escenas, y me dormí al fin con mis pensamientos en Escocia, para despertarme en México” (38).²⁰

El desplazamiento emocional que efectúa Calderón frente a un paisaje exótico, cargado de historia y violencia, puede leerse como un gesto romántico pero además reproduce la misma reconceptualización del espacio que se da en el arte paisajista en los Estados Unidos. En *Nature and Culture*, Barbara Novak explica que detrás de gran parte del arte paisajista norteamericano de la primera mitad del siglo XIX había un deseo de aproximarse al momento mismo de la Creación (47). La naturaleza, cuyos exponentes más obvios eran los impactantes paisajes de montañas y lagos, se ve como un despliegue de poderes divinos, la revelación de la imagen misma de Dios; de allí que acercarse a la naturaleza, “descubrirla”, se considere una forma de conocimiento, un acercamiento a la “verdad”, hecho que incorpora a su vez a la ciencia en el proceso de revelación, en la medida en que la ciencia se concebía como una disciplina que buscaba corroborar verdades.²¹ Si el paisaje es una revelación de Dios, el retrato paisajista implícitamente proyecta valores sociales, religiosos, morales y filosóficos vinculados con esa revelación; y esta carga ideológica marcada por la ética protestante termina convirtiéndose en una poderosa iconografía nacionalista inscrita en el mismo paisaje (Novak 15). El paisaje se vuelve un retrato nacional y su escritura una oda patriótica.²²

Calderón reconoce esta iconografía nacionalista, pero en lugar de identificarla con lo norteamericano, le adjudica la grandeza de la naturaleza mexicana, su “revelación”, a España. De allí que desde el principio de su retrato incluya a Cortés, símbolo de ese poder imperial europeo. Pero como toda figura de conquista,

²⁰ Esta frase, en la versión de Fischer, aparece al inicio de su entrada del 26 de diciembre, pero en otra edición aparece unos párrafos después. Confróntese la edición de Fischer (1966) con la edición de 1982 (62).

²¹ La íntima conexión entre ciencia y religión durante esta época es evidente en el modo en que tanto geólogos estadounidenses y europeos insisten en acomodar los descubrimientos científicos, en particular aquellos relacionados con las teorías evolutivas, a la teoría de la creación divina (Novak 52). También véase Stephan Jay Gould.

²² Bruce Harvey afirma que durante este período “la escritura geográfica era un género patriótico” (28).

Cortés evoca también un pasado teñido de crueldad. Calderón hará un esfuerzo por mitigar esa imagen. En sus cartas sobre las cuales se basa *La vida en México* hay una referencia curiosa acerca de Cortés después de la cita anterior y que se elimina luego en la versión impresa: “él es culpado por ser cruel –por ser injusto– pero la primera crueldad y la primera injusticia fue su entrada en estas tierras desconocidas, y su aflicción a la gente inofensiva. Una vez que entiende que su deber a Dios y a su rey es subyugarlos ¿cuál era su alternativa?”²³ Aquí Calderón inserta a Cortés en un proyecto mayor, que no sólo pertenece a los españoles sino al mandato europeo de la época que defendía la conquista como modo de propagar el progreso y la civilización. Pero al eliminar dicho fragmento, evita introducir el aspecto conflictivo del encuentro entre civilizaciones para dejar la primera imagen del paisaje intacta, evocada a partir de los parámetros españoles.

En su *Historia de la conquista de México*, Prescott hará un gesto similar al declarar que no evita exponer los excesos de los conquistadores pero, a pesar de ello, intenta relativizar sus crueldades:

[S]i por una parte he pintado los excesos de los conquistadores con los colores más sombríos, por la otra he disculpado su conducta, haciendo todas las reflexiones atenuantes que sugiere la época y circunstancias en que vivieron. He procurado no sólo trazar un cuadro fiel, sino colocarlo a la mejor luz y poner al espectador en el mejor punto de vista. (*Historia* 1: x)²⁴

Prescott sabe controlar su espectáculo. Consciente de la teatralización implícita en la reconstrucción, quiere poner al espectador en el “mejor punto de vista” para ver/entender los eventos; y éste sólo verá lo que Prescott quiera mostrarle, según los colores con que él haya pintado (recordando su pedido a Fanny), de allí que aproveche toda oportunidad para dramatizar, romantizar, moralizar e inclusive dar vida al paisaje (Lockhart xxvii).

A pesar de su declarada admiración por Cortés, su proyecto no es únicamente reivindicar a los españoles. Para él, la conquista de México es un antecedente de la civilización por venir, aquella en la que triunfa la razón y el protestantismo por encima de la teatralidad y la pasión, rasgos claramente identificados con lo español y su ética católica. En Prescott se transluce lo que Katherine Manthorne denominó “el despertar de una conciencia interamericana”, una conciencia que intenta abarcar

²³ El texto original dice: “he is blamed for cruelty –for injustice– but the first cruelty and the first injustice consisted in his entering these unknown lands, and disturbing inoffensive people. Once considering it his duty to God and his King to subdue them, where was his alternative?” Este fragmento, originalmente de otro volumen de su diario, fue eliminado en su versión impresa según los editores de *Life in Mexico* (681, n. 7).

²⁴ Traducción de Antonio Real.

a las otras Américas y a la vez distinguirse de ellas (3). Por ello, en su descripción inicial del paisaje mexicano, Prescott reconfigura los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl como parte de una geografía más amplia al presentarlos como “dos de las montañas más altas del continente norteamericano” (*History* 377). En Prescott, la geografía mexicana queda reinscrita en un espacio continental vinculado con el norte que a su vez termina por suspender –cuando le conviene– lo mexicano.²⁵ Insistentemente, Prescott recordará a sus lectores la distinción racional que existe entre la ética española y la anglosajona:

El misionero protestante alumbra el oscurecido espíritu de su catecúmeno con la pálida luz de la razon [sic]: mientras que el misionero católico subyuga el ánimo con el tierno y terrible espectáculo de un Redentor agonizante, y levanta el corazón [sic] de sus oyentes un torbellino de pasiones más poderosas que todas las reflexiones. (*Historia* 1: 242)

Lo católico es despliegue, espectáculo; inspira pasiones y sin duda conmueve, pero carece de racionalidad, la marca de una cultura superior emblemática por el mundo anglosajón donde todo está regido por una funcionalidad instrumental preestablecida. Calderón a menudo compartirá esta opinión de la superioridad norteamericana con respecto a México pero oscilará con respecto al rol de lo español. Por otra parte, en México ella recupera su estatus de europea que había perdido al emigrar a Estados Unidos, lo cual le otorga una nueva autoridad. Sin embargo, a pesar de hablar muy bien el español, Calderón es considerada inglesa por los mexicanos y de hecho se siente más cómoda con los diplomáticos extranjeros que con la nueva elite criolla, a quien a menudo critica por su estilo y por sus costumbres. Por ello, lejos de ser “objetivos”, sus comentarios y retratos están íntimamente vinculados a su conexión afectiva según el momento y los individuos que caracterizan ese espacio. La hibridación de culturas termina por volver indeterminadas las bases de la identidad (Morley y Robins 5).

Una vez que inicia su descenso hacia la ciudad de México, Calderón descubre detalles del paisaje ya más tangibles por su cercanía. Es entonces cuando la belleza de los volcanes nevados, grandes lagos y fértiles valles se disipa ante un territorio de caminos mal cuidados, en los que los canales han dejado “desoladas tierras pantanosas” (38).²⁶ A medida que Calderón se interna en la cultura mexicana su

²⁵ En su inteligente análisis sobre Prescott con respecto a su concepción de la historia y su escritura en *Historia de la conquista de México* e *Historia de la conquista de Perú* (1847), Eric Wertheimer afirma que Prescott ofrece una “historia escrita como pintura al óleo” (97).

²⁶ Leask nota que la mayoría de los viajeros ingleses anteriores a Calderón, tales como William Bullock (1824) y Henry Ward (1827), presentaron esa mirada inicial teñida de “decepción”, en la que lo sublime de la conquista española se transformaba en descuido, dada la cantidad de ruinas que poblaban el paisaje (197).

posición oscila, volviendo confusas y borrosas las categorías a través de las cuales percibe la realidad. Ya en la ciudad se encuentra con un paisaje muy distinto al inicial: es una realidad desbordante, poblada de recuerdos perturbadores como los sacrificios humanos y las multitudes “caóticas” de criollos, *léperos*, indígenas y vendedores ambulantes que la rodean al pasear por las calles.

Calderón intentará poner orden a este espacio a lo largo de su narrativa. Quizás el momento más conflictivo para ella sea su debut oficial, realizado al día siguiente de su llegada en la catedral de México, donde la mezcla de pasado y presente, lejos de la imagen romantizada del paisaje mexicano del comienzo, se disipa ante una hiperrealidad perturbadora. La catedral, construida sobre ruinas aztecas, en las que “tantas veces se oyeron voces lastimeras” y se sacrificaban hasta cincuenta mil víctimas por año, la lleva a evocar una vez más a Cortés, a quien agradece por haber puesto “fin al derramamiento de sangre inocente” e instituir “el culto de la dulce imagen de la virgen” (45). La belleza original del templo, llena de fuentes sagradas, pájaros, jardines y santuarios dedicados a los dioses de la guerra sobre la cual yace la catedral es una mezcla extraña “de lo bello y de lo espantoso” (44). Este horror que aún subsiste en su imaginario la lleva a trazar en una primera instancia límites precisos entre el pasado teñido de sangre y el presente. Pero una vez dentro de la catedral, le resulta imposible mantener esos límites. Le horroriza la suciedad del piso y la gente que se entrevera indiscriminadamente. Asqueada del contacto, su deseo es regresar inmediatamente al resguardo de su casa a cambiarse. En un intento por imponer distancia ante la contaminación de las imágenes que la rodean, Calderón evoca una imagen de los Estados Unidos para desviar su mirada a otros inmigrantes más fáciles de contener:

Además muchos de mis vecinos indios estaban empeñados en algo que a vosotros os toca adivinar; estaban, de hecho, haciendo menos pesada la opresión del sistema colonial sobre sus cabezas, o más bien, capturando y exterminando a los colonos, que en ellas forman enjambres, como los inmigrantes irlandeses en los Estados Unidos. (45)

Calderón equipara el despiojarse de los indios a un acto de rebeldía y ve en el aplastar, o erradicar, al piojo una forma de liberación: el aniquilamiento del sistema colonial. Pero al traer a colación a los inmigrantes irlandeses que llegaron a Estados Unidos en grandes oleadas invasivas, invierte la metáfora para hacer una crítica a la inmigración europea que desde el nuevo mundo adquiere características de animal enjambrado.

El texto de Calderón es una negociación cultural y personal constante de cómo leer a México y, en ese proceso, cómo crear un espacio propio en un lugar “extraño”. A la vez, esos vínculos contradictorios de Calderón se reproducen en los conflictos

políticos contemporáneos que se articulan en México: España frente a Estados Unidos; Europa frente a América; lo peninsular frente a lo hispanoamericano; lo criollo frente a lo indígena; lo hispanoamericano frente a lo norteamericano. Estos múltiples enfrentamientos quedan expuestos en el debate mexicano por la consolidación nacional. Al igual que la gran mayoría de los países latinoamericanos que intentaban afirmar su camino hacia la modernización, México se encontraba brutalmente dividido. El debate no sólo era entre liberales y conservadores sino entre dos facciones del liberalismo: federalistas y centralistas. Los conservadores se consideraban los herederos de la Nueva España colonial, mientras que los liberales, inspirados por las revoluciones francesa y norteamericana, buscaban crear un nuevo orden poscolonial basado en la libertad, soberanía nacional, educación, reforma y progreso (Brading 157). Para ellos, el modelo estadounidense era un emblema de progreso. Consecuentemente, y dada su cercanía geográfica y su política externa, la influencia de los Estados Unidos fue decisiva hasta mediados de 1870, inclusive en los asuntos internos (Valdés-Ugalde 588).²⁷ Edmundo O’Gorman rastrea las diferencias políticas entre Estados Unidos y México en el siglo XIX a las antiguas hostilidades entre Inglaterra y España (desde los siglos XVI y XVII), que se reconfiguran en el diecinueve como voceros de la modernidad y la tradición respectivamente. De allí el origen de lo que O’Gorman llama las dos Américas, producto del traslado de las dos Europas polarizadas a América (O’Gorman 7-8). Frente a la modernidad anglosajona, marcada por el racionalismo científico, reformas novedosas y la soberbia de querer transformar la naturaleza, España busca instaurar la unidad ecuménica con los valores de la verdad católica (O’Gorman 8). Por extensión, para algunos, los Estados Unidos representaban la posibilidad de elegir y reconfigurarse independientemente, mientras que España representaba lo colonial, un arraigamiento a un pasado que ya no existía. Sin embargo, dadas sus ambiciones expansionistas, Estados Unidos también representaba una amenaza. El conservador Lucas Alamán fue el más firme opositor a los Estados Unidos, y su temor sería confirmado con

²⁷ Joel Poinsett es quizás la figura clave de la participación norteamericana en los asuntos internos de México. Lucas Alamán, el representante más notorio del pensamiento conservador y primer ministro mexicano del exterior, creía que únicamente una alianza hispánica podría resistir al imperialismo del norte. En 1826, en el primer congreso Pan-Americano fue él quien derrotó la propuesta de los Estados Unidos articulada por Poinsett para implementar un tratado comercial continental, convencido de que era un intento de dominio por parte de los Estados Unidos. Dos años después, Poinsett sería expulsado por el gobierno mexicano por inmiscuirse demasiado en los asuntos internos de la nación, y en particular por su participación en la orden masónica de Nueva York. La historia de Joel Poinsett es particularmente interesante por reflejar las actitudes de los Estados Unidos hacia México. Entre 1810 y 1814, Poinsett había sido enviado a México como “agente especial” para estudiar la situación de los revolucionarios frente a España. Posteriormente, entre 1822 y 1823, fue un enviado especial a México, y en 1825 se lo nombró primer ministro. Luego de su expulsión siguió participando en la política pero desde los Estados Unidos.

la posterior guerra (1845-1848), en la que México perdería casi la mitad de su territorio a los Estados Unidos. Según Francisco Valdés-Ugalde, la mayor dificultad de llegar al camino de la modernidad se debía a la incapacidad de las elites políticas de adaptar su noción de modernidad a la realidad mexicana (580).

Dada su condición privilegiada de diplomática, Calderón no sólo es testigo de los debates internos sino que opina y participa de ellos en la medida en que su rol como “representante” de España es reafirmar el lugar de lo peninsular en la reconfiguración política y cultural de México. Por momentos, se posiciona como europea y desprecia la falta de cuidado que los criollos han demostrado por su país. Vinculada con lo anglosajón, también le perturba el estado de decadencia que permea las leyes e instituciones mexicanas, inclusive los mismos edificios, posicionando a España como culpable de no haber cuidado a sus colonias. Por lo general en los viajeros ingleses esa decadencia suele traducirse como una imagen negativa de la historia del país que justamente fascina al viajero porque tiene la ilusión de descubrir la esencia de la cultura perdida (Jackson 23). En Calderón, la decadencia y el abandono quedan reconfigurados en nostalgia, visión a través de la cual a menudo lee a México, que se torna en fascinación por la cultura indígena a pesar de su repulsión inicial. En otros momentos, su valoración de la complejidad mexicana, y en particular de la cultura indígena, ocurre cuando comienza a sentirse más cómoda en México y aprende a navegar por entre la mezcla incierta de gente y sus costumbres. Es en ese momento cuando articula las contradicciones de lo español frente a lo norteamericano y también teme el poder de los Estados Unidos con su afán de limpiarlo todo. En estos casos el ser europea le permite distanciarse de ese fervor por el progreso y la renovación, simbolizado por los Estados Unidos; de hecho, con pena, anuncia lo destructivo que puede ser el poder “civilizador” del norte.

Uno de los ejemplos más notables de ese poder es la comparación que hace de dos pueblos donde la estética enuncia las ideologías enfrentadas. En el de la Nueva Inglaterra todo está pintado de blanco, limpio y recién construido, “[t]odo publica bienestar, igualdad y consistencia; olvido del pasado, sólo existe el presente y el futuro se entrega a su propia suerte.” (267). De allí nos lleva a un pueblito típico mexicano, lleno de contradicciones, donde abundan las chozas de indios que andan medio desnudos, pero donde también se destacan los pequeños jardines, bellos, llenos de flores. Hay además una iglesia antigua y gris, pero “tan firme como si hubiera sido edificada para la eternidad, con sus santos y vírgenes, mártires y reliquias, su oro y su plata” (268). Según Calderón, todo en México recuerda el pasado. El presente parece un espectro, un desvanecido reflejo del pasado, de allí la sensación de ruina física y moral:

Todo está en decadencia y todo se va esfumando, y tal parece que los hombres confían en un futuro ignoto que quizás nunca verán. Se abandonó un sistema de gobierno y no existe ninguno en su lugar. Que estén alertas, no sea que al cabo de medio siglo despierten del error y se encuentren que la Catedral se ha transformado en sala de juntas, toda pintada de blanco; que las rejas han sido fundidas; que la plata se ha convertido en dólares; que las joyas de la Virgen se vendieron al mejor postor; que el piso ha sido lavado (lo cual no haría daño a nadie), y que todo está rodeado por una nueva y preciosa cerca, recién pintada de verde, y todo ello realizado por algunos de los artistas de la “despierta” y lejana República del Norte. (268)

El presente mexicano, al igual que la descripción del paisaje a su llegada, se esfuma en el abismo de un futuro apocalíptico. Y la propuesta norteamericana de lavarlo todo, borrar el pasado y proyectar un porvenir libre corre el riesgo de sumergir a México en el olvido. La “despierta” República del Norte sin duda eliminará ese pasado porque no podrá distinguir entre los diferentes componentes que hicieron de México el lugar que es. El peligro de la presencia de Estados Unidos es que borre el pasado por su incapacidad de entender lo que significa, que sea incapaz de discriminar entre las joyas valiosas de la iglesia y un puñado de dólares.

El texto de Frances Calderón no sólo expone las contradicciones del proceso de construcción nacional de un país colonizado violentamente y en el que sus alianzas políticas y culturales siguen siendo debatidas, sino que articula las consecuencias de proyectarse hacia el futuro sin poder consolidar su pasado. La imposibilidad de unir estos dos ejes imperiales en armonía, el del norte y el peninsular, la inunda de melancolía porque reconoce la imposibilidad de un futuro progresista que incluya el pasado: el presente no es más que un sueño que se diluye entre el tironeo constante del pasado y el futuro. *La vida en México* es un retrato complejo y a veces desarticulado donde la triangulación de los tiempos cronológicos (pasado, presente y futuro) confluye en un punto fijo, hilando los enfrentamientos políticos y culturales del norte y del otro lado del Atlántico en un espacio que a su vez lo transforma todo. En lugar de imponer una sola lectura, Calderón deja circular las diferentes ideologías nacionales que ella ha apropiado, de allí que su retrato a menudo oscile entre alianzas afectivas y proyectos políticos encontrados. Más que un extenso retrato de México durante su estadía de dos años y medio, *La vida en México* es una carta de navegación personal que nos ayuda a explorar la geografía de un lugar, entretejiendo nociones dispares de territorio, cultura, nación y pertenencia. Lo simbólico y lo imaginario se funden en el paisaje, recreando múltiples imágenes que se despliegan bajo la identidad mexicana. Y es justamente en ese despliegue, a veces arbitrario y contradictorio, donde circula una gama de significados que nos permite vislumbrar la interconexión de espacios e ideologías de un México del siglo diecinueve que se extiende más allá de sus confines territoriales.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrom, Silvia. *Women of Mexico City 1790-1857*. Stanford: Stanford UP, 1985.
- Brading, David A. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Soledad Loaeza Grave, trad. México: SepSetentas, 1973.
- Brickhouse, Ana. "Hawthorne in the Americas: Frances Calderón de la Barca, Octavio Paz, and the Mexican Genealogy of 'Rappaccini's Daughter'." *PMLA* 113/2 (1998): 227-42.
- Burns, Bradford. *Latin America: A Concise Interpretive History*. 6 ed. New Jersey: Prentice Hall, 1972.
- Caballero, María Soledad. "Rediscovering the Americas: Women's Travel Writing, 1821-1843". Diss. Tufts University, 2002.
- Calderón de la Barca, Frances. *Life in Mexico*. Berkeley: U of California P, 1982.
- . *Life in Mexico. The Letters of Fanny Calderón de la Barca*. Howard T. Fisher y Marion Hall Fisher, eds. Garden City: Doubleday, 1966.
- . *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Felipe Teixidor, trad y prol. México: Porrúa, 1978.
- Costeloe, Michael P. "Prescott's History of the Conquest and Calderón de la Barca's Life in Mexico. Mexican Reaction, 1843-1844". *The Americas* 67/3 (1991): 337-48.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia de la conquista de Nueva España*. México: Porrúa, 1994.
- Gilroy, Paul. *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Cambridge: Harvard UP, 1993.
- Gould, Stephan Jay. *The Mismeasure of Man*. Nueva York: Norton, 1984.
- Harvey, Bruce A. *American Geographics: U.S. National Narratives and the Representation of the Non-European World, 1830-1865*. Stanford: Stanford UP, 2001.
- Humboldt, Alexander von y Aimé Bonpland. *Personal Narrative of Travels to the Equinoctial Regions of America During the Years 1799-1804*. Thomasina Ross, trad. 3 vols. Londres: Henry G. Bohn, 1852.
- Jackson, John Brinckerhoff. *A sense of Place, a Sense of Time*. New Haven: Yale UP, 1994.
- Jagoe, Eva-Lynn. "The Visible Horizon Bounds Their Wishes: Seclusion and Society in Fanny Calderón de la Barca's Postcolonial Mexico". *Imperial Objects: Essays on Victorian Women's Emigration and the Unauthorized Imperial Experience*. Rita S. Kranidis, ed. Nueva York: Twayne, 1998. 170-89.

- Kaplan, Amy y Nina Gerassi-Navarro. "Between Empires: Frances Calderón de la Barca's *Life in Mexico*". *Symbiosis: A Journal of Anglo-American Literary Relations* 9/1 (2005): 3-27.
- Knowlton, Robert. "Recent Historical Works on Nineteenth-Century Mexico". *Latin American Research Review* 20/1 (1985): 222-31.
- "Lady Travellers". *Quarterly Review* 76 (June & September 1845): 98-137.
- Leask, Nigel. "'The Ghost in Chapultepec': Fanny Calderón de la Barca, William Prescott, and Nineteenth-Century Mexican Travel Accounts". *Voyages and Visions: Towards a Cultural History of Travel*. Jas Elsner y Joan-Pau Rubiés, eds. Londres: Reaktion Books, 1999. 184-209.
- Lockhart, James. Introduction. *History of the Conquest of Mexico*. Por William H. Prescott. Nueva York: The Modern Library, 2001. xxv-xxxiv.
- "Madame Calderón's Life in Mexico". *The Edinburgh Review* (July 1843): 157-93.
- Manthorne, Katherine Emma. *Tropical Renaissance: North American Artists Exploring Latin America, 1839-1879*. Washington, DC: Smithsonian Institution Press, 1989.
- Massey, Doreen. *Space, Place, and Gender*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1994.
- Mitchell, W. J. T. *Landscape and Power*. Chicago: The U of Chicago P, 2002.
- Méndez Rodenas, Adriana. "The Cannons are Roaring: Calderón de la Barca's *Life in Mexico* as Gendered History". *Contesting the Master Narrative: Essays in Social History*. Jeffrey Cox y Shelton Stromquist, eds. Iowa City: U of Iowa P, 1998. 50-68.
- Merediz, Eyda. "Traveling Icons: The Virgin of Candelaria's Transatlantic Journeys". *The Arizona Journal of Cultural Studies* 5 (2001): 115-32.
- Morley, David y Kevin Robins. "No Place like Heimat: Images of Home(land) in European Culture". *Space and Place: Theories of Identity and Location*. Erica Carter, James Donald y Judith Squires, eds. Londres: Lawrence y Wishart, 1993. 3-31.
- Mumford, Lewis. "'What Is a City?' Architectural Record (1937)". *The City Reader*. Richard T. LeGates y Frederic Stout, eds. 183-88.
- Novak, Barbara. *Nature and Culture: American Landscape and Painting 1825-1875*. Nueva York: Oxford UP, 1980.
- O'Gorman, Edmundo. *México: el trauma de su historia*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.
- Prescott, William H. *History of the Conquest of Mexico*. 1843. James Lockhart, introd. Nueva York: The Modern Library, 2001.
- _____. *Historia de la conquista de México*. 2 vols. Antonio Real, trad. París: Imprenta de viuda Carlos Lelong, 1878.

- _____. "Life in Mexico during a Residence of Two Years in that Country". *The North American Review* (1843): 137-70.
- Sibley, David. *Geographies of Exclusion: Society and Difference in the West*. Londres: Routledge, 1995.
- Simpson, Lesley Bird. *Many Mexicos* [1941]. Berkeley: U of California P, 1984.
- Skidmore, Thomas E. y Peter H. Smith. *Modern Latin America*. 3 ed. Nueva York: Oxford UP, 1992.
- Soja, Edward. *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and other Real-and-Imagined Places*. Malden, MA: Blackwell, 1996.
- Solares Robles, Laura. *Bandidos somos y en el camino andamos: Bandidaje, caminos y administración de justicia en el siglo XIX. 1821-1855. El caso de Michoacán*. Morelia: Instituto Michoacano de Cultura, 1999.
- The Correspondence of William Hickling Prescott 1833-1847*. Roger Wolcott, ed. Boston: Houghton Mifflin, 1925.
- Turner, Katherine. *British Travel Writer in Europe 1750-1800. Authorship, Gender, and National Identity*. Burlington: Ashgate, 2001.
- Valdés-Ugalde, Francisco. "Janus and the Northern Colossus: Perceptions of the United States in the Building of the Mexican Nation". *Journal of American History* 86 (1999): 568-600.
- Wasserman, Mark. *Everyday Life and Politics in Nineteenth Century Mexico: Men, Women, and War*. Albuquerque: The U of New Mexico P, 2000.
- Wertheimer, Eric. *Imagined Empires: Incas, Aztecs, and The New World of American Literature, 1771-1876*. Cambridge: Cambridge UP, 1999.